

concreto. En efecto, al igual que la naturaleza, «la arquitectura crea el organismo y por eso éste debe tener una ley en consonancia con las de la Naturaleza»⁴¹. Es el sentido de la totalidad. Pero también «la imitación llega hasta los elementos»⁴², como ejemplifica que las columnas tomaran su ejemplo de los troncos de los árboles. En ambos sentidos, justificaba Gaudí la estructura de la Sagrada Familia: un organismo en el que desde la división de las bóvedas gracias a múltiples soportes hasta el movimiento de las columnas, helicoidal, se actúa en similitud –que no identidad– con los árboles.

De sumo interés es igualmente la panteísta afirmación de Gaudí del vínculo entre Naturaleza, arte y corporalidad humana. Las proporciones del árbol y la figura humana son similares. En todo estilo es fundamental su concepción de la columna, de forma que puede decirse que los distintos estilos –griego, bizantino, gótico– son formas de entender el símbolo árbol-hombre. Ese simbolismo, recordemos, que faltaba en el lenguaje arquitectural del historicismo (#1).

Señalábamos anteriormente (#2) la recomendación de que la ornamentación fuera capaz de interesar a entendidos y profanos. Pues bien, el explicado retorno al origen permite también que el arte sea capaz de afectar a todos, que goce de universalidad, pues «la Belleza es el resplandor de la Verdad y el resplandor seduce a todos»⁴³. Resplandor que transmite de nuevo un eco o una afinidad con Plotino. Sin embargo, cuando el arquitecto logra tal éxito debe evitar la vanidad y renunciar a los parabienes limitándose a que su espíritu se alegre por haber conseguido «un pedazo de gloria»⁴⁴. Por colaborar, decía Gaudí, con el Creador⁴⁵.

5. Las virtudes de la arquitectura

El estilo «absoluto» de Gaudí, reside, en definitiva, en la mimesis de la originalidad tal como acabamos de ver. Pero las diversas obras suponen concreciones «relativas» en las que Gaudí, puliendo y definiendo aquel estilo absoluto, va madurando y buscando expresarse a sí mismo y a su momento histórico. Cada obra, decía al comenzar mi artículo, debe también expresar una identidad peculiar. ¿Existen virtudes que, según Gaudí,

⁴¹ Gaudí, A., Manuscritos... op. cit., p. 117.

⁴² Gaudí, A., Manuscritos... op. cit., p. 108.

⁴³ Gaudí, A., Manuscritos... op. cit., p. 95.

⁴⁴ Gaudí, A., Manuscritos... op. cit., p. 97.

⁴⁵ Gaudí, A., Manuscritos... op. cit., p. 92.

todas las obras arquitectónicas deban compartir? A mi juicio, sí. Complementariamente a lo que dijimos anteriormente (#2) existirán virtudes específicas respecto a las condiciones físicas, al uso y al carácter. Junto con otra general, el equilibrio, fomentarán en su conjunto la aparición de la Belleza. Veámoslo.

(a) En cuanto a las condiciones físicas, ya hemos dado cuenta (#2) del interés de Gaudí por la innovación en lo que se refiere a técnicas y materiales. Adoptando un punto de vista muy habitual en las corrientes antihistoricistas, Gaudí se felicita de que vaya desapareciendo del gusto dominante la tendencia a imitar materiales nobles mediante otros que no lo son. Defiende, además, que los materiales sean tratados con franqueza, es decir, dejando «completamente vista su estructura y disposición»⁴⁶ sea hierro, madera, etc. (b) Por lo que concierne al uso, defiende la sencillez. Es especialmente duro con aquellas formas de ornamentación que considera superfluas en virtud de errores cometidos en la estructura de la obra o de la ambición de boato, como cuando un altar religioso acaba resultando una especie de almacén. Por el contrario, como ha destacado Bergós⁴⁷, prefería la decoración resultante de la edificación arquitectónica de tal forma que de ella misma surgieran efectos ornamentales. (c) Finalmente, por lo que concierne al carácter la virtud principal es la modulación. En función de su carácter público –sea civil, militar o religioso– o privado, el edificio deberá suscitar efectos diferentes como gravedad, espiritualidad, firmeza, etc. Es más, también lo ha subrayado Bergós⁴⁸, en cada edificio habrá una modulación interna en función de sus características. Por ejemplo, en la Sagrada Familia las fachadas del Nacimiento y de la Muerte de Cristo están proyectadas de forma muy diferente para conseguir expresar esperanza o desolación. Todas estas virtudes –innovación, franqueza, sencillez, modulación– pueden ser sintetizadas, usando una expresión de Gaudí, como amor a la verdad pues se trata de ser fiel, en definitiva, al propio tiempo, sea en forma de innovaciones, gusto, costumbres... Algo que redunde en la claridad, esto es, en la justa aplicación de la forma al objeto, y la inteligibilidad sin las que los edificios están destinados a permanecer mudos⁴⁹.

Pero, según Gaudí, hay otra virtud fundamental: el equilibrio. Efectivamente, consideraba que la vida es, debe ser, diálogo. De ahí que son muy

⁴⁶ Gaudí, A., Escritos... op. cit., p. 137.

⁴⁷ Bergós, J., op. cit., p. 37.

⁴⁸ Bergós, J., op. cit., p. 50.

⁴⁹ Gaudí, A., Manuscritos... op. cit., p. 169.

abundantes –no sólo en sus consideraciones artísticas sino también en las morales y políticas– las referencias a la búsqueda de armonía entre aspectos duales. Despotricaba, por ejemplo, del separatismo y era favorable al equilibrio de los regionalismos con la idea de España. Pobreza –aunque no miseria– y elegancia son virtudes que deben equilibrarse; como deben hacerlo el sentimiento y la lógica, la acción y la reflexión. Igualmente, el equilibrio es una virtud en el terreno artístico y, en concreto, en el arquitectónico. «La existencia de una superficie cóncava y otra convexa es motivo de armonía pues ésta, para existir, necesita la presencia de todos los elementos: positivos y negativos»⁵⁰. Convergencia de la que podían surgir además aspectos decorativos en virtud de la propia disposición arquitectónica tal como indiqué en el párrafo anterior. Equilibrio de lo interior y de lo exterior, pues «las formas exteriores han de ser trasunto de las interiores»⁵¹. El equilibrio se halla también al aceptar la conocida definición de la belleza como variedad dentro de la unidad y el contraste tal como en el siguiente elogio: «no hay valla más simple, eficaz y hermosa que la zarza, pues es ella misma quien florece, pierde las hojas y se muestra constantemente variada»⁵².

El equilibrio colabora, en definitiva, a la «*unidad*, primer elemento de la belleza»⁵³. Es una virtud importante desde un punto de vista arquitectónico que da lugar a menudo a consecuencias decorativas y simbólicas como cuando afirma que «la decoración del templo se basa en los santos que suben de la tierra hacia al cielo y los ángeles que bajan del cielo a la tierra»⁵⁴. O como cuando desea combinar curvas cerradas que expresan limitación con rectas que aluden al infinito⁵⁵. O cuando convergen curvas catenarias que se cierran hacia el centro de la tierra con otras que se abren hacia lo alto. Todo ello –¡qué plotiniano, de nuevo!– ayuda a hacer «desaparecer la pesadez y materialidad de la forma»⁵⁶. Algo que también sintió Miguel de Unamuno en unos versos del poema que en 1906 dedicó a Joan Maragall y que lleva por título «La catedral de Barcelona»: «Al milagro de fe de mis entrañas/la pesadumbre de la roca cede»⁵⁷.

⁵⁰ Gaudí, A., Manuscritos... op. cit., p. 115.

⁵¹ Gaudí, A., Escritos... op. cit., p. 56.

⁵² Gaudí, A., Manuscritos... op. cit., p. 107.

⁵³ Gaudí, A., Escritos... op. cit., p. 144.

⁵⁴ Gaudí, A., Manuscritos... op. cit., p. 120.

⁵⁵ Gaudí, A., Manuscritos... op. cit., p. 94.

⁵⁶ Gaudí, A., Escritos... op. cit., p. 57.

⁵⁷ Unamuno, M de y Maragall, J., Epistolario y escritos complementarios, Madrid, Seminarios y Ediciones.S.A, 1971, p. 102.

6. Conclusión

El anterior análisis ayuda a comprender la identidad de la obra de Gaudí pese a sus variedades estilísticas. Su estilo «absoluto» se apoya en lo que he llamado la mimesis de la originalidad. Su obra pretende alcanzar un equilibrio entre factores diversos en función de la adecuación al uso, los materiales y el carácter de la obra artística –ante todo arquitectónica– que redundan en la belleza y que pretenden provocar efectos sobre el habitante o el espectador. Gaudí se felicitaba, aludiendo a otra forma de equilibrio, de que ser mediterráneo significaba hallarse en mitad de la tierra. Pues bien, su obra tiene un alto contenido simbólico puesto que aspira a ser centro de conexión entre tierra y cielo; pasado, presente y futuro; mundo profano y realidad sagrada. En una ocasión dijo que «el hombre no puede prescindir de los escalones, más altos o más bajos, siempre ha de ascender escalón a escalón: en inteligencia, en virtud, en fuerza»⁵⁸. Esta frase es aplicable también a su poética. Pues, como hemos visto, la concepción que tenía de su propia posición en la historia de los estilos; la relación que establecía entre ciencia, arte y experimentación; o la convergencia de aspectos duales de los que debe surgir el equilibrio son también escalones que asimismo consideraba necesario subir para enriquecer la vida.

⁵⁸ Gaudí, A., *Manuscritos...* op. cit., p. 109.